

Para naufragar mejor

AUNQUE, si no me equivoco, su último de libro de poemas sigue siendo *Troupe* (Zaragoza, Olifante, 2010), si hablamos de Miguel Ángel Ortiz Albero (Zaragoza, 1968) estamos hablando, fundamentalmente, de un poeta, porque aparte de sus libros de versos, muy particulares siempre, es la poesía la que tiñe e ilumina todo lo que hace, tanto su trabajo plástico (ilustraciones, pintura, collages, cajas, objetos, instalaciones...) como las otras líneas de su obra literaria, bien sean novelas o bien, aún más recientemente, ensayos. Hace dos años publicó en la editorial madrileña Fórcola *La danza de la muerte. Bailar lo macabro*

en la escena, la literatura y el arte contemporáneos, y aunque ese libro abría una nueva vía en su trabajo, tan multidisciplinar y transversal siempre, era sin embargo un libro esperable en él, natural de su mundo, coherente con todo lo que venía ofreciendo. Quienes desde siempre hemos sentido complicidad con su poética, aunque no necesariamente afinidad, sólo fascinación, atracción, curiosidad creciente..., encontramos en esa divagación ensayística (con un claro explícito punto narrativo añadido) una explicación ordenada y lúcida de sus cosas, y en buena medida una aclaración de zonas de su pensamiento que en otros libros

era más hermética, oscura, impenetrable, pero en la que se adivinaba un impulso y un latido muy verdaderos, muy honestos, muy serios.

Esto de «muy serios» lo he escrito con cierta intención, porque, puestos a ser retorcidos, si algún reproche se le podría hacer a la escritura de Ortiz Alberro es ese de una posible excesiva circunspección, cierta solemnidad (que no afectación), demasiadas excursiones a una profundidad muy personal, inaccesible... y una consiguiente ausencia de desparpajo, de desfado, de humor..., de alegría. Yo creo que no hay tal, sobre todo en esto de la felicidad última de sus cosas, porque de forma explícita el autor ha manifestado la dicha, la compañía o el calor vital que él encuentra en esas exploraciones y quiere compartir, y ha insistido en que eso es lo que al cabo más cuenta, pero en todo caso, para desbaratar completamente esa sospecha, se publica ahora un nuevo ensayo en el que el zaragozano, sin desmeleñarse en absoluto, y afortunadamente sin perder su tono de siempre, consigue ser no sé si más ligero, pero sí más cercano (y aunque esa *joie de vivre* nunca sea tal, sino más bien tienda a cierta fatalidad: «como dice Théophile Gautier, el arte es lo que mejor consuela de vivir»: p. 41).

Lo que se ha propuesto ahora en este breve pero hiperinformativo ensayo es reflexionar sobre las paradojas de la creación (que es, al final, «la rivalidad vanidosa con la muerte», p. 31), la angustia que produce crear algo y el vacío o el desencanto o la frustración que suelen dejar las obras ya terminadas. Para ello se sirve de una enorme

batería de citas espigadas de cientos de lecturas, y lo que Ortiz Alberro logra es una especie de puzle, incompleto por definición pero suficientemente expresivo, poliédrico y satisfactorio, aunque hable de la insatisfacción, de la imposibilidad, del absurdo.

La detallada bibliografía final (donde, junto a obras tan recientes entre nosotros como los *Pequeños tratados* de Pascal Quignard, a uno le alegra ver el impagable *Diario de un pintor* de Ramón Gaya o el espléndido *Movimiento perpetuo* de Augusto Monterroso, que conviven incluso con algún libro que el autor no ha citado, al menos directamente, como la magnífica novela *Autopsia*, de su amigo Miguel Serrano Larraz) recoge todo lo que ha ido trayéndose antes a las páginas, aunque, dado que el autor no entrecomilla, algunas veces es difícil saber dónde termina la cita y comienza la glosa. Sea como sea, sucede que, «para Julien Gracq, la escritura de un libro equivale a desembarazarse de él, a dejar el terreno libre de una gestión opresiva y, a menudo, demasiado tiempo arrastrada, para volver, dice, a la libertad del espíritu vacante» (p. 109), se opina con Jules Renard que «valgo poco por las obras que escribo. Mejor, así, no hacer nada. Qué necesidad. O, aún mejor, *hacer nada*» (p. 33) y con Marguerite Duras que «el libro es tan sólo la ceniza que queda tras la pira ardiendo» (p. 38). Delacroix, por su parte, meditaba sobre «la satisfacción inmensa del hombre que ha trabajado y empleado convenientemente su jornada. Tras la tarea puede gozar de los descansos y los pequeños recreos, porque dice el pintor, el recuerdo de la tarea reali-

zada preserva del aburrimiento y de la tristeza» (p. 104), y resulta que «toda la experiencia custodiada durante todos los años de una vida le debiera haber servido a Italo Calvino, según dice, para escribir el último de sus libros, pero tan sólo le bastó para escribir el primero» (p. 100). Por otro lado, «me intereso mucho por los coleccionistas de vino, dice Christian Boltanski. Cuando tienes una buena botella, y mientras el vino está en la botella, no tienes nada. Y el día en que lo bebes, ya no tienes nada. Es la única colección que sólo puedes juzgar si la destruyes» (p. 108).

Estas *Variaciones sobre el naufragio* constituyen, pues, una estupenda y estimulante colección de citas sobre la creación, sobre sus impulsos y contradicciones, su abnegación y su gloria, su sacrificio y su esclavitud, su liberación y su tragedia... En esas contradicciones estamos, pero perseveraremos, porque no sabemos hacer otra cosa mientras esperamos al silencio. –JUAN MARQUÉS.

Miguel Ángel Ortiz Albero, *Variaciones sobre el naufragio. Acerca de lo imposible del concluir*, Madrid, Fórcola, 2017.